

Isaac, le diré que deseo que nos tenga en París, que te coloque en las oficinas de la calle Drouot... Ya sé bastante de Lisboa y de los portugueses, y quiero mi París, bien entendido que lo quiero para ti también; ¡para los dos!

Y añadió con gracia exquisita:

—Confío en que el barón me atenderá, y esta será nuestra última separación... Dí, ¿no es ese tu deseo?

Estaba encantadora; era una inmensa caricia.

El la contemplaba con delirio, con una mezcla de amor y odio, casi con espanto.

Se preguntaba cómo había podido educarse en este arte supremo de la mentira, en aquella perfección del engaño y en aquellos refinamientos de la traición.

Y al ver que ella repetía suplicándole con un encanto indecible:

—¿No es eso lo que tú deseas?

La contestó en el mismo tono:

—Ya sabes, mi querida Matilde, que yo no tengo más voluntad que la tuya.

La joven se levantó, estrechó su mano, le dió las gracias con una mirada llena de promesas, y al alejarse se perdió entre las parejas que se preparaban para una mazurka, cuyo prelude dejaba oír la orquesta.

Un momento después volvió á verla bailando con Jacobo Mosés, mientras Caussedé se paseaba del brazo de su prima Elena de Villedieu, que parecía estar muy tranquila, muy desdenosa.

El marqués la iba diciendo:

—Te he pedido un año de paciencia. Quizá no tengamos necesidad de él.

Pedro Dantenac, viendo á Jacobo Mosés con Matilde, comprendía sus palabras sin oírlas.

Matilde decía:

Mañana se marcha para Lisboa... estaremos libres... ¡Cuánto te amo!... ¿Vendrás?

VII

El ultimatum

Dos días después, á las nueve y media de la noche, una berlina pintada de negro se detenía en el boulevard d'Argenson, esquina á la avenida de Roule.

Un hombre descendió del carruaje envuelto en un largo gaban y con el sombrero inclinado sobre los ojos.

No tardó en llegar delante de la verja de la casa donde algunos días antes la honrada señora Piot había conducido pérfidamente á Benedetta para dejarla prisionera.

Oprimió el botón del timbre eléctrico, y al momento la verja se abrió, apareciendo el portero que había recibido á Benedetta, diciendo con su marcado acento alemán:

—¡El señor barón!

Era, en efecto, el barón Mosés el que llegaba.

Cuando llegó al edificio, el portero se retiró, reemplazándole una criada negra, de edad avanzada.

—¿Cómo está? — preguntó brevemente el barón mientras subía la escalera.

—Muy abatida.

—¿Qué hace?

—Pasa los días y las noches sin cambiar de postura. Nunca he visto una mujer que se la parezca.

—¡Demonio!

—Se diría que quiere dejarse morir de hambre.

—¡Ah!

—Debe tener una voluntad de hierro.

Al llegar al primer piso el barón dijo con dureza:

—Déjanos y no te alejes... vendrás si te llamé.

La negra se inclinó hasta el suelo.

El viejo Mosés abrió una puerta estrecha y baja que cerró detrás de él.

Se encontraba en el salón donde Benedetta había sido introducida por la señora Piot.

Aquel salón estaba alumbrado por dos lámparas eléctricas que no bastaban á disipar las tinieblas.

Por el pronto el viejo Mosés no vió nada.

Prestó atención.

Tampoco se oía ningun ruido.

Poco á poco se fué acostumbrando á aquellas tinieblas y distinguió una mujer arrebujada, por decirlo así, sobre un di-

van, vestida de negro y medio cubierta por una colcha ó edredón rojo y amarillo.

Aquella mujer parecía dormir, porque no hizo el menor movimiento al aproximarse á ella el viejo Mosés.

El banquero se sentó en un diván inmediato y la contempló un momento con atención.

Era Benedetta, pero ya otra vez en aquel estado de debilidad que tanto había impresionado á Causedè cuando la vió, primero en la calle Demours y luego en su boardilla de la calle de Lamartine.

Sus cabellos estaban en desorden; su rostro pálido; sus ojos cerrados, con grandes ojeras bajo los párpados; una de sus manos, casi diáfana, caía fuera del diván.

El barón se inclinó, se puso de rodillas y cogiendo aquella mano la llevó á sus labios.

Benedetta se incorporó sobresaltada y lanzó un grito de espanto.

Después separó los cabellos que la caían sobre la frente y trató de darse cuenta de la situación.

A la vista del barón, arrodillado, grotesco y suplicante, una expresión de repugnancia y odio se pintó en su rostro.

—¡Todavía usted! — exclamó. — ¡Usted siempre!...

Y ligera como un cervatillo asustado, se echó fuera del diván y colocó entre ella y el barón un velador que encontró á mano.

—¿Quiere usted huir?—dijo él encogiéndose despreciativamente de hombros.

—¿Ignora usted que todo será en vano?

Se levantó, se acercó á la mesa detrás de la que Benedetta se había refugiado, y sentándose cómodamente en un sillón de ancho y cuadrado respaldo, dijo:

—Ya debe usted saber que nada se me escapa, querida niña; usted es la mejor prueba de ello.

—Por mi desgracia—murmuró la joven.

—Con el oro se puede todo—prosiguió el banquero;—matar á un hombre ó coger una mujer. Todo es cuestión de precio. Y á mí, ¿qué me importa la cantidad? Reflexiónelo usted. Resistiéndoseme hace usted una tontería. Hablemos tranquilamente y sin cólera. ¿Qué ha hecho usted desde que está aquí?

—¡Llorar, señor! he llorado tanto, que ya no tengo lágrimas en los ojos.

—Sin embargo, la prisión es bonita. Creo que no la habrán faltado atenciones.

—No me quejo de nadie más que de usted; los demás son esclavos que no hacen más que obedecer.

—¿Qué espera usted del porvenir?

—Espero en la justicia de Dios, ya que no pueda confiar en la de los hombres.

—¿A qué prolongar una lucha inútil? ¿No sería mejor que se convenciera usted de la razón?

—La razón me dice que sería muy cobarde, y me deshonraría á mis propios

ojos, aceptando lo que usted me propone...

—Yo pensaba que dos ó tres días de reflexiones y de soledad hubieran bastado para que usted pensase de otro modo... ¿De manera que sigue usted queriendo la guerra?

—Usted es el que la hace.

—Está usted vencida de antemano; lo puede comprender.

—Quizá, porque es la lucha de la debilidad contra la fuerza, de la miseria contra la riqueza, de un poderoso contra una desventurada mujer que nada puede.

—¿Pues entonces?

—Todavía me queda un recurso...

—¿Cuál?

—El de morir.

—¿Y eso es tan fácil?

La joven se incorporó cuan alta era, diciendo:

—¿Cree usted que me falta valor? Yo misma tengo miedo de mi decisión. Hace algunos días, cuando me ha traído usted aquí engañada por esa odiosa mujer, empezaba á tener ánimos, á cobrar esperanzas, tratando de olvidar mi pasado; ahora usted me ha hecho caer más bajo que nunca.

Bajó la voz y se pudieron observar en su rostro angelical los primeros síntomas de la locura.

—En esta prisión donde usted me tiene, tengo miedo de todo: de la soledad, del silencio, de esa negra que viene á mí, sin

saber de dónde, para desaparecer del mismo modo. No me atrevo á tocar á nada, pues en todas partes veo venenos destinados á dormirme, á narcotizarme. Si al menos pudiera morir, me vería libre de esta vida insoportable; pero estoy reducida á dejarme perecer de hambre en medio de la abundancia que me rodea, en medio de las tentaciones que me asaltan. ¡Puede usted estar orgulloso de haber inventado este nuevo martirio!...

Se sujetó el pecho con las manos, como conteniendo un dolor agudo, y bruscamente se echó á reír con risa nerviosa, risa insensata, que heló de e panto al mismo barón.

—Será una noticia curiosa, una historia siniestra, que correrá por París, por ese París donde es usted tan adulado y envidiado y donde se dirá: ¿Conoce usted al barón Mosés, ese hombre tan poderoso, tan rico?... Pues bien; se ha encontrado una muchacha muerta en una prisión donde la tenía encerrada, una casa de placer donde celebraba sus orgías... Y lo más extraño del caso es que ha muerto de hambre... ¿No es verdad que será muy extraño, señor barón?

Su voz iba siendo más débil.

El viejo Mosés no podía dudar de su sinceridad y la contemplaba con asombro.

Habia en aquel ser una resistencia nunca vista, una increíble energía moral.

Rabastoul y Barrousse, sus viejos ami-

gos de Marignac, hubieran estado orgullosos de ella, encontrando bajo aquella envuelta delicada, en aquel cuerpo tan frágil, el alma y el corazón del capitán Soubère, aquel tipo del soldado leal incapaz de transigir con el enemigo.

Pero sus fuerzas no estaban á la altura de su valor.

Dió algunos pasos atrás, y vacilante, próxima á desfallecer, se vió obligada á apoyarse en la pared.

El barón se adelantó para sostenerla.

Sus manos rodearon el talle de Benedetto.

Aquello fué una descarga eléctrica que los galvanizó á los dos.

La joven, con un vigor que no se la podía suponer, rechazó á su agresor, y, volviendo á colocar la mesa entre los dos, á modo de parapeto, sacó del bolsillo un pequeño puñal de hoja fuerte, triangular y afilada como una daga, con un puño de marfil primorosamente trabajado.

—Todavía tengo fuerza para matarme —dijo;— siempre se olvida alguna cosa; los criados han dejado esto al alcance de mi mano.

Miró al viejo Mosés con desprecio indecible.

—Si da usted un paso—le dijo—me lo clavo. No quiero ser suya por segunda vez. Yo no amenazo; pero debe usted comprender la inutilidad de sus esfuerzos y la realidad de los sentimientos que me inspira, pues que prefiero morir á entre-

garme. ¡Aprecio la vida en muy poco, y usted ha conseguido que sea un suplicio para mí!... Sin embargo, ya nada temo. ¡Tengo en la mano la salvación!

Con la cabeza levantada, una mano apoyada en la mesa y la mirada fija, parecía desafiar al barón.

Este la contestó con una voz que sonaba como un rugido:

—¡Conque me desafías! ¿Quieres luchar? ¡Me odias! Ni súplicas, ni amenazas; nada es bastante para convencerte. Bien; ya veremos quién triunfa. Tú cederás ó morirás. Por de pronto no pienses en salir de aquí. ¡Has caído en buenas manos! Las paredes son fuertes y los guardas, fieles. Si mandara á alguno que te estrangulase, no vacilarían; el Sena está cerca; pero no tengo necesidad de eso. Verás. Si dentro de tres días no te has decidido, si no eres mía voluntariamente... ese hijo que tanto quieres... tú lo has dicho... ese hijo que pensabas sostener á fuerza de tu trabajo, te lo quitaré.

—¡Usted!

—Sí, yo, el barón Isaac Mosés.

—No puede usted hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no sabe usted dónde está.

—¿Lo crees así?

La joven se puso á temblar convulsivamente.

El viejo barón se encogió de hombros.

—¿Dónde está?—prosiguió.—Verás cómo

mo te lo digo. Está en una pobre casa de los arrabales de París, en las Clayes. ¿Verdad?

Benedetta no contestó. Estaba aterrada. Su abatimiento fué tan visible, que el barón tuvo un principio de compasión.

—Ya lo ves—prosiguió;—entre nosotros la lucha es desigual. Harías mejor en ceder...

—No... cometer ese nuevo crimen, arrebatarme ese pequeño ser, que es el único bien que poseo... ¡eso no lo hará usted!

—El derecho mío, como padre, es igual al tuyo.

—¡Miente usted! Ese hijo es mío, le he pagado con innumerables dolores, le he comprado al precio de mi vergüenza, de mis lágrimas, de la felicidad de toda mi vida.

—¡Qué me importa!

La joven se iba debilitando por momentos. Su voz era tan apagada, que costaba gran trabajo oirla. Estaba espantada del poder de aquel hombre, que lo sabía todo.

El barón continuó con más dulzura:

—Si yo me quedo con él, será por su dicha. ¿Qué podrías tú hacer de él? ¿No lo comprendes? Un desgraciado. ¿Tú crees que si tuviera razón vacilaría entre su madre, una pobre mujer sin amparo y sin recursos, y el barón Mosés? ¡Entre la riqueza y la miseria! ¡Entre la fuerza y la debilidad! ¡Pardiez; de buena gana le pondría por juez entre nosotros.

La joven cayó desplomada sobre una

silla, sin fuerzas, trastornada, medio vencida.

—¡Ah!—murmuró— decididamente, es usted muy infame al emplear semejantes medios contra una mujer que ningún mal le ha hecho. Pero tiene usted razón.. con su inmenso poder puede aplastarme cuando quiera. Pues bien, déjeme usted reflexionar... ¡Tres días dice usted! Dentro de tres días le contestaré; pero prométame usted dejarme tranquila y no volver á verme en ese tiempo.

El se acercó con la sonrisa en los labios, seguro de la victoria.

—¡Como tú quieras!... Sí, te concedo los tres días. ¿Pero para qué tienes necesidad de ese plazo? Es la fortuna lo que te ofrezco... Tu eres hermosa y yo... ¡te amo!

—¡Espere usted!... ¡Tres días!... ¿Es mucho?

—¡Benedetta!...

—Hoy me es imposible decir á usted otra cosa... ¡Déjeme!... Ya reflexionaré.

El barón permaneció inmóvil, con los brazos cruzados, admirándola y comprendiendo que su pensamiento estaba fijo en aquella casa de las Clayes, donde dormía su hijo, aquel hijo por el cual se sometía. De pronto se volvió.

La negra, sin hacer ruido, lijera como un fantasma, se había llegado hasta él y le tocaba en el hombro.

—¿Qué pasa?—la preguntó en inglés.

—Que tiene usted el carruaje en la puerta.

—¿Quién le envía?

—No lo sé;... pero han preguntado por usted.

—¿Y qué quieren?

—Lo ignoro.

El barón añadió dirigiéndose á Benedetta:

—Adiós, y hasta muy pronto.

—¿Dentro de tres días?

—Reflexionarás, ¿verdad?

La joven inclinó la cabeza.

El banquero se retiró.

Cuando la negra se aproximó á ella, Benedetta la miró con esa mirada incierta y recelosa que emplean los seres débiles, acometidos de un principio de delirio, víctimas de esa espantosa enfermedad que sufren las personas cuya tortura ha sobrepujado los límites de su resistencia física, el delirio de la persecución.

La negra estaba enternecida y la dijo con voz cariñosa:

—No tema usted nada de mí. Soy una esclava y obedezco al dueño, pero no quiero hacerla mal. Mientras yo esté aquí no tenga usted miedo.

Y más dulcemente todavía la cogió de la mano, la llevó hasta el espléndido comedor, y sacando de uno de los aparadores una botella de vino, de color de topacio, llenó con ella dos vasos, de los que uno le vació de un trago, y otro se lo ofreció á la desgraciada, diciéndala:

—Yo no estaba lejos... lo he oído todo...

usted quiere morir.... ¡Qué desgracia, siendo tan joven y tan hermosa! Beba usted sin temor, yo no quiero verla sufrir; quiero que usted viva... ¡Tenga confianza en mí!

Sus ojos se encontraron.

Benedetta vió reflejada en los ojos de la negra, la piedad, casi la ternura.

Se veía toda una revelación en aquella mirada, una historia sombría de joven arrancada de su familia, con su hijo quizá, arrastrada hasta un mercado, vendida lejos de los suyos y de todo lo que amaba.

Benedetta, animada por aquella dulce mirada, tendió la mano á la pobre criatura, su carcelera, tomó el vaso de vino que la ofrecía y le bebió ávidamente.

La joven pensaba:

—Esta mujer tiene razón... yo no puedo morir... ¡Tengo un hijo! Si yo faltara, ¿quién le defendería?

VIII

Marido y amante.

Para explicar los acontecimientos que siguen, tenemos que volver atrás algunas horas.

Pedro Dantenac, después de su conversación con Matilde, en el hotel Mosés, había pasado la noche en claro; una noche de fiebre y de lucha consigo mismo y con las ideas de odio y represalias que se amontonaban en su cerebro turbado.

Aquella comedia que había representado le costaba un esfuerzo sobrehumano, pues su franqueza y lealtad repugnaban á tanta superchería; pero triunfó de sus nervios, y pudo guardar en el fondo de su alma la rabia y la indignación de que estaba poseído.

Matilde, por su parte, se mostró cariñosa y amable, á fin de adormecerle en la falsa seguridad en que aun le creía.

Al día siguiente, por la mañana, él se ocupó de los preparativos de su precipitado viaje; fué á recibir las órdenes del viejo Mosés, y, por último, á las seis y media, se dirigió á la estación de Orleans, donde le despidió aquella encantadora Matilde que había ido á acompañarle, sin duda para tener la completa seguridad de su partida.

Esa es la eterna precaución que toman los adúlteros.

Pero aquella vez los amantes no podían prever la intención del marido.

La orden del viejo Mosés era terminante.

¿Quién hubiera podido dudar de su cumplimiento?

Se trataba de un negocio enorme tan urgente como gigantesco.

Era indispensable la marcha de Pedro Dantenac, y el barón Mosés no toleraba que se discutieran sus órdenes.

Por otra parte, Matilde creía poseer la confianza ciega, absoluta, de aquel hombre que la idolatraba.